

# Del sexo al *gender*

---

**José Ignacio González Faus**  
**Cristianisme i Justícia**  
**Barcelona**

Algunas feministas se han sentido extrañadas o molestas porque les parece que el actual obispo de Roma, en su escrito sobre la alegría del amor, condena la actual reivindicación del llamado “*gender*”. Las palabras de Francisco son:

Una ideología genéricamente llamada “*gender*”, que niega la diferencia y la reciprocidad natural entre el hombre y la mujer [...] lleva a proyectos educativos y directrices legislativas que promueven una identidad personal y una intimidad afectiva radicalmente desvinculadas de la diversidad biológica entre hombre y mujer (AL 55).

Ya había dicho algo de eso en la encíclica sobre la ecología (LS 115 y 155).

No sé si las palabras de Francisco son suficientemente claras, ni qué entienden todas las gentes de corazón progresista, por eso del *gender*. Es significativo que se haya impuesto en todo el mundo la palabra inglesa, porque indica que no vale en este momento la traducción habitual de “género”. La definición más pedagógica creo que la da la respuesta de una mujer embarazada, cuando le preguntaron si el feto era niño o niña: “¡Ah! Eso ya lo decidirá el bebé cuando sea mayor”.

Si la respuesta sorprende a algunos, puede ser bueno examinar un poco cómo se ha llegado históricamente hasta ese modo de ver. Distinguiría tres etapas. *En la antigüedad, el sexo corporal era determinante inevitable de los roles sociales*. Cuando los humanos eran cazadores, no se cazaba con escopeta y las guerras se hacían cuerpo a cuerpo, resultaba lógico que las mujeres no fueran cazadoras ni guerreras. El sexo determinaba casi fatalmente las tareas sociales. Y cuando ese determinismo se rompía, era solo en casos excepcionales, como en la historia de la Judit bíblica.

*Cuando cesa el nomadismo, aparecen las ciudades y, con ellas, la vida política, va abriéndose camino la diferencia entre sexo y género*. No

obstante, tropezará con esa convicción tan grecolatina, de que la política (y la economía) son para los hombres y la casa para las mujeres. Muchos todavía mamamos eso de niños.

El genio de Aristóteles cree que la mujer es inferior al varón, aunque tenga la excusa de que entonces no se conocía el óvulo y se pensaba que todo el poder generador estaba en el macho (la hembra era solo una tierra donde se sembraba). Y es llamativo que un talento como Platón reconozca, por un lado, que la mujer puede estar tan dotada como el varón para esas otras tareas, pues la realidad mostraba que llevar una de aquellas casas antiguas, con su colección de esclavos y las familias de estos, requería un talento empresarial muy distinto de aquel “sus labores”, que figuró antaño en muchos documentos de identidad femeninos, para designar las tareas domésticas. Pero, por otro lado y a pesar de eso, Platón se mantiene en que el lugar de las mujeres es la casa y el de los hombres, “la *polis*”. Es el clásico “pagar tributo a la herencia recibida”, cuando ya han cambiado las circunstancias que generaron esa herencia. Dado que en Grecia, el *oikós* (la casa) era la matriz de la *polis*, esto podría no haber implicado ningún patriarcalismo. Pero no fue así, porque la autoridad última de la casa era el llamado “paterfamilias”: el varón —derivado del *oikodespotês*, el hombre que da nombre a la tribu, y que perdura en la norma, hoy por fin cuestionada, de que el primer apellido sea el paterno. Pablo parece ser el único que supo distinguir entre el evangelio de Cristo y la herencia cultural recibida, en este punto, causando escándalo en la Iglesia primitiva y viéndose rebajado después.

En cualquier caso, la sociedad irá comprendiendo que las diferencias corporales no tienen por qué marcar diferencias sociales, aunque pueda quedar la cuestión de si eso vale *para todos los casos*, o si hay algunas tareas sociales más propias de un sexo; y si hay algunas exclusiones, aunque no vengan determinadas por los órganos sexuales, resultan aconsejadas por consecuencias derivadas de la corporalidad. Por ejemplo, la igualdad absoluta demandaría aquí no solo que las mujeres practiquen el fútbol o el boxeo, aparte de los varones, sino que los equipos de las ligas nacionales estén compuestos por hombres y mujeres, y que valga lo mismo para la lucha...<sup>1</sup>.

En síntesis, con excepciones o no, ya parece comúnmente aceptado que la sexualidad corporal no debe determinar el género de tareas sociales que cada sexo ejerce. Y aquí me parece importante otra observación. La Iglesia debe preguntarse si no le estará pasando lo mismo que a Platón y si no estará dando

---

1. Prescindo ahora de otro tipo de problemas que esto pueda crear en el ejército, y de los que oímos hablar a veces, porque la mayoría de las mujeres desconocen la sexualidad masculina e ignoran que dentro de cada macho anida un semental. Aparco también la pregunta de si precisamente los ejércitos son el mayor reducto del patriarcalismo, como sostienen muchos.

un mal ejemplo en este punto, al rechazar el ministerio de la mujer. Dice estar obedeciendo a Jesús y, en realidad, está pagando tributo a una tradición cultural recibida, ganándose así el conocido reproche de Jesús: “quebrantan la voluntad de Dios por aferrarse a las tradiciones de sus mayores”. Indicio de eso puede ser la increíble declaración de aquel obispo, que dijo que “las mujeres no pueden ser curas, como yo no puedo parir”. Es lógico que uno de los factores decisivos para la génesis del feminismo fuera la reacción contra esa lógica pseudodeterminista, porque semejante determinación no era algo natural, sino cultural<sup>2</sup>.

Finalmente, *el gender da un paso más: la identidad no la determina la constitución corporal, ni tampoco la sociedad o la cultura, sino que es una decisión exclusiva de cada individuo y su libertad*, una libertad que puede no ya ignorar, sino contrariar la naturaleza. Tener pene o vagina, ovarios o testículos, no tiene *nada que ver* con ser hombre o mujer. Aquí se sitúa la anécdota contada al principio de esta reflexión y que es rigurosamente histórica. Ya no es que los órganos sexuales no condicionen papeles sociales o que deban servir para algo más que la reproducción: es que sirven *solo* para disfrutar de ellos como se quiera, pero no para la reproducción. Son un puro juguete para jugar a lo que se quiera: al mus o al tute, como ya profetizaba la todavía actual novela de A. Huxley, *Un mundo feliz*. Así, por ejemplo, hace años escuché la queja de una muchacha que acababa de tener su primer hijo y a quien el marido le prohibió darle el pecho, “para que no se te estropeen las tetas”, porque “tus tetas son mías” (citas literales).

Esta evolución permite percibir las diferencias entre la ideología del *gender* y la perspectiva de género. Si esas diferencias son exactas, como pienso, llega el momento de comentarlas. En el *gender*, se toma al pie de la letra la primera concepción sartriana de la libertad, según la cual, la existencia —y con ella la libertad— precede a la esencia. Concepción que Sartre corrigió al final de su vida, en una célebre entrevista con *Le Nouvel Observateur*<sup>3</sup>. Muchos partidarios del *gender* han apelado a la célebre frase que abre *El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir: “no se nace mujer, se llega a ser mujer”. Pero, en la autora francesa, esa frase tenía el sentido dinámico de Píndaro, que después retomó Nietzsche, en su *Ecce homo*: “hazte aquello que eres”; y valía solo para las mujeres. Ahora, en cambio, su punto de partida ya no es una constitución dinámica, sino la nada misma: cualquiera puede llegar a ser mujer. El descubrimiento tan moderno (y exagerado) de que no “tengo un cuerpo”, sino “soy mi cuerpo”, desaparece para

---

2. Otra cuestión es si, en la sociedad del capitalismo neoliberal y de la degradación del trabajo, algunas tareas serán para la mujer una liberación o una nueva alienación —y encima, cobrando un 25 por ciento menos...

3. Verla comentada en mi diálogo con Josep Ramoneda sobre el futuro de la religión, en *Iglesia Viva*, 237 (2009), 95.

volver a lo anterior (también exageradamente): solo “tengo” un cuerpo<sup>4</sup>. Ello me parece una ofensa al feminismo.

En segundo lugar, la antropología latente en el *gender* es la del individualismo norteamericano extremado, que hoy se nos impone: ni la naturaleza, ni la cultura (o la sociedad) pueden imponerle al individuo su identidad sexual. Se desconoce aquí el personalismo de Mounier y que, constitutivamente, el ser humano es tan relacional como individual. El cuidado, tan necesario en toda vida humana —tanto darlo como recibirlo—, y tan gráfico en el amamantamiento, desaparece de la constitución corporal y de la base material del ser humano: será una cosa que depende del gusto de cada individuo.

¿No resulta esto profundamente antiecológico<sup>5</sup>? ¿Acabaremos tratando a nuestros cuerpos como hemos tratado a la tierra? Quizá por eso Francisco aludía a este tema en la encíclica sobre el drama ecológico y el cuidado de la tierra.

En tercer lugar, se busca así desligar la relación sexual de todo ese universo relacional de la persona, donde cada cual es hombre o mujer *frente al otro*. Ya no se busca en ella aquello de “serán una sola carne”, sino que “serán muchos y variados polvos”. Y los corridos mexicanos ya no podrán cantar aquello de “recuerda un poquito quién te hizo mujer” (o varón).

Cito esa frase deliberadamente, porque me parece más exacta que el tópico de “la media naranja”, pues en la relación hombre-mujer no se trata de dos mitades incompletas, sino de dos seres completos y bien diversos que llegan a una unidad mayor en su relación: “ya no son dos” no se dice de dos mitades, sino de *dos seres*. Por ahí va la bíblica “semejanza” con Dios y, por tanto, esa relación se expresa mucho mejor en términos de reciprocidad que de complementariedad. Aquello de “no separe el hombre lo que Dios unió”, vale aquí mucho más que en el problema de admitir en la comunión a los divorciados, donde tantas veces no está claro si Dios había unido algo.

En cuarto lugar, sospecho que, muerto Dios, ya no tiene sentido mirar la diversidad sexual como un dinamismo hacia “la imagen y semejanza de Dios”, antes citada. Negada la trascendencia, no hay nada que *trascender*, en la relación sexual. Pero como, a pesar de todo, la relación sexual afecta a las fibras más hondas de la persona —tiene siempre un “plus” psíquico—, ese plus saldrá

4. Como, por ejemplo, tengo unos cabellos que me puedo cortar, dejar crecer, teñir y peinar como quiera.

5. Casos como la droga o el SIDA ponen de relieve las consecuencias de ese maltrato al cuerpo, en provecho propio individual.

por otro lado, en forma de dominio, egolatría, libertinaje, posesividad, celos, violencia sexista...<sup>6</sup>.

En quinto lugar, todo eso no tiene nada que ver con el feminismo. Consecuencia de los dos puntos anteriores es que *la desigualdad no tiene nada que ver con la diversidad*. Esta debe ser mantenida y aquella desterrada, so pena de ir a dar en una falsa concepción que ha sido muy típica de la Iglesia, y que confundía la unidad con la uniformidad.

Creo ser, y quisiera ser, feminista de corazón. Pero creo también que todas las grandes causas pueden desvirtuarse y eso les hace mucho daño. Y que nuestra hora se caracteriza por una tendencia generalizada a, más que “servir a una causa noble”, servirse de ella en provecho propio. Sería trágico que el *gender* acabe siendo, respecto del feminismo, lo que fue el comunismo real frente al verdadero socialismo.

Sorprende, en este contexto, lo poco que las feministas se han implicado en las dos causas más esclavizadoras de la mujer: la trata de mujeres y la situación de la mujer en lugares como Afganistán. Ambas merecerían una cruzada universal. En vez de eso, tales cruzadas se hacen para el lenguaje inclusivo y causas así, de las que valdrían otras palabras de Jesús: “conviene hacer esto, pero sin descuidar ni omitir lo otro”.

En sexto lugar, más que el feminismo, creo que han contribuido mucho a la ideología del *gender* los grupos GLBT (gais, lesbianas, bisexuales y transexuales), un conjunto muy dispar, donde hay algunas gentes con unos sufrimientos y una dignidad merecedoras del mayor respeto, y otras gentes de frivolidad muy poco humana, resumible en lo que me dijo hace unos años, un buen muchacho que andaba luchando por salir de esa frivolidad: “para mí, el sexo ha sido como tomarte un *gintonic*, pero mucho más sabroso, y, si eres hábil, un poco más largo. Nada más”. Pero quizá unidos ambos grupos por una comprensible necesidad de reconocimiento exterior, que supliese la falta de plena aceptación interior de sí mismos.

No quiero entrar ahora en discusiones de carácter más científico sobre esos colectivos, pues no me siento preparado para ellas. Pero sí creo posible establecer dos normas de conducta. Por un lado, la necesidad de dar a estos grupos minoritarios un cauce lo más digno posible. Por otro lado, *dar cauce a lo minoritario no puede significar erigirlo en plenamente igual o equivalente a lo mayoritario, o incluso en ley para el todo* —“proyectos educativos y directrices legislativas”, decía Francisco. Esto segundo sería contrario a la pretensión de una sociedad plural en un Estado laico.

---

6. Aquí resulta preocupante la aprobación de esa violencia en los adolescentes —¡tolerada por las muchachas!—, que reflejan las encuestas...

Finalmente, me temo que, en toda esta cuestión donde tanto se arguye esgrimiendo derechos, quedan algunos derechos muy pisoteados. En efecto, los derechos de los niños resultan bastante maltratados, precisamente, porque no pueden defenderse. Atravesamos una época cultural en la cual los derechos son vistos mucho más, y casi exclusivamente, como un arma en favor propio, que como una llamada que me llega del otro. A una manifestación contra los Centros de Internamiento de Extranjeros acudirán a lo más cincuenta o cien personas, pero a una manifestación para reivindicar algo “para mí” asisten miles.

Eso muestra que hemos olvidado la recomendación insistente de aquel paradigma de la izquierda que fue Simone Weil: para que los derechos humanos funcionen bien, es imprescindible una “Declaración de los deberes humanos”. En vez de eso, por ejemplo, se presupone que las consecuencias de todos los devaneos eróticos de los padres no afectan para nada a los niños. Nunca se habla del dolor impotente, de la inmensa soledad y del desconcierto de muchos niños y muchachos (ellos y ellas), ante la conducta de sus padres en este campo. Simplemente, se da gratuitamente por supuesto que a ellos eso no les afecta nada, cuando no se los incita contra el otro progenitor, o se convierte la “custodia compartida” en un “abandono compartido”<sup>7</sup>.

Lo dicho antes sobre la ausencia del cuidado adquiere relevancia en este punto. Hay veces en que a los niños se los quiere como juguete o descarga de la propia afectividad, no como sujetos frente a nosotros y más débiles que nosotros. El niño-objeto sustituye a la antigua mujer-objeto cuando, precisamente frente a ellos (por su debilidad y porque son el futuro), habría que elegir lo mejor. Irónica y divertidamente comentaba una vez una buena mujer sobre los hijos, que “cuando son pequeños, te los comerías a besos; cuando crecen, te arrepientes de no habértelos comido...”. Habría que procurar que eso no deje de ser una humorada irónica para convertirse en una realidad y que, cuando ya no están para comérselos o para presumir de ellos, estén para prescindir de ellos. Sobre todo, cuando comienzan a crear mil problemas con sus crisis, sus rebeldías y sus oscuras batallas para cuajar como seres humanos.

Por supuesto, de ningún modo pretendo decir que estos problemas y peligros no se den en los dos primeros capítulos del proceso descrito. La pasta humana es la misma en todas las personas. Solo clamo para que no los olvidemos aquí, como excusa para una falsa libertad nuestra.

---

7. Vale la pena fijarse detenidamente en los rostros de los tres niños de la película *Ninfomaniaca*, de Lars von Trier, cuando sus padres se separan. Dicho sea esto sin juzgar el resto de la película, donde me resultó muy difícil distinguir qué hay de denuncia, qué quiere haber de provocación a lo marqués de Sade y qué hay de reflexión psicoanalítica.